

está... Mi ceguera creciente no me permite ver más que las cosas grandes... el mar, la inmensidad... y ella es grande... enorme... la veo... como el mar... Es otro mar, un mar de... de... de... (Su voz se extingue. Queda inmóvil y rígido. Profundo silencio. Todos se miran.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

## JORNADA TERCERA

### ESCENA PRIMERA

NELL, DOLLY, D. PÍO CORONADO, sentados los tres alrededor de una mesa de estudio, donde se ven papeles, tintero, libros de texto.

Es el maestro de las niñas de Albrit un anciano de estatura menguada, muy tieso de busto y cuello, y algo dobladito de cintura, las piernas muy cortas. La expresión bonachona de su rostro no lograron borrarla los años con todo su poder, ni los pesares domésticos con toda su gravedad. Guiña los ojuelos, y al mirar de cerca sin anteojos, los entorna, tomando un cariz de agudeza socarrona, puramente superficial, pues hombre más candoroso, puro y sin hiel no ha nacido de madre. Un rastrojo de bigote de varios colores, recortado como un cepillo, cubre su labio superior. Viste con pobreza limpia anticuadas ropas, recompuestas y vueltas del revés, atento siempre al decoro de la presencia en público.

Maestro de escuela jubilado, desempeñó con eficacia su ministerio durante treinta años, distinguiéndose además como profesor privado de materias de la primera y segunda enseñanza. Su defecto era la flojedad del carácter, y la tolerancia excesiva con la niñez escolar. Sabía el hombre todo lo que saber necesita un maestro, y algo más; pero con la edad y las inauditas adversidades que le agobiaban, fué perdiendo los papeles, y hasta la afición. Su ca-

beza llegó á pertenecer al reino de los pájaros; su memoria era una casa ruïnosa y desalojada, en la cual ninguna idea podía encontrar aposento: todo lo que perdía en ciencia lo ganaba en debilidad y relajación del carácter. En esta situación le designó D. Carmelo para maestro de las niñas de Albrit, teniendo en cuenta tres razones: que si no sabía mucho, no había en Jerusa quien le aventajara; que era honrado, honesto, absolutamente incapaz de enseñar á sus discípulas ninguna cosa contraria á la moral, y, por último, que al aceptarle para aquel cargo realizaba la Condesa un acto caritativo. Su bondad, la excesiva blandura de corazón, eran ya en Coronado un defecto, casi un vicio, por lo cual, lamentándose de sus acerbadas desdichas, solía decir, elevando al cielo los ojos y las palmas de las manos: «¡Señor, qué malo es ser bueno!»

Al comenzar la escena llevaba ya el maestro una hora de inútiles tentativas para introducir en las mulleras de sus alumnas los conocimientos históricos, aritméticos y gramaticales.

DOLLY, dando un golpe en la mesa.

¿Que no sé una palabra? Mejor... Ni falta que me hace.

D. PÍO, apelando á la emulación.

No dirá lo mismo Nell, que desea aprender.

NELL

Sí, señor, digo lo mismo: ni falta que me hace.

D. PÍO, con severidad fingida, que no convence.

Está bien, muy bien. He aquí dos niñas finas, criadas para la alta sociedad, y que se empeñan en ser unas palurdas.

DOLLY

Sí, señor: queremos ser palurdas.

NELL

Salvajes, como quien dice.

D. PÍO

¡Anda, salero! ¡Salvajes las herederas de los condados de Albrit y Lain!

DOLLY, tirándole suavemente de una oreja.

Sí, sí, maestrillo salado. ¿No eres tú muy ilustrado?

NELL

¿Y de qué te sirve?

DOLLY

¡Vaya un pelo que has echado con tu ilustración!

D. PÍO, suspirando.

Puede que estéis en lo cierto, niñas de mi alma... Bueno, sigamos. Dolly, otra miajita de Historia... ¡Vamos allá!

DOLLY. (Apoyando los codos en la mesa y la cara en las manos, le contempla risueña.)

¡Piíto, qué guapo eres!

D. PÍO, tocando las castañuelas con los dedos.

Señorita Dolly, juicio.

NELL

Tu cara parece una rosa. Si no fueras viejo y no te conociéramos, diríamos que te pintabas.

D. PÍO

Juicio, Nell... ¡Píntame yo!

DOLLY

Dime otra cosa: ¿es verdad que cuando eras pollo hacías muchas conquistas?

D. PÍO, tocando con más rápido movimiento las castañuelas, que es su manera especial de llamar al orden.

Juicio, niñas. Sigamos la lección.

NELL

Nos han dicho que las matabas callando.

DOLLY

Y que tenías las novias por docenas.

D. PÍO

¿Novias...? Oh, no: quíténme allá eso... Son muy malas las mujeres.

NELL, pegándole suavemente en el cuello.

Peores son los hombres. No hables mal de nosotras.

D. PÍO

Vaya, que estáis hoy juguetonas y desatinadas. (Queriendo enfadarse.) ¡Por vida de...! Si no dáis la lección, os lo digo con toda mi alma, os lo juro...

NELL

¿Qué?

D. PÍO, deseando enfadarse.

Que me enfado.

DOLLY

Ya lo había conocido. Estamos temblando.

NELL

Toca, toca las castañuelas.

D. PÍO, decidido á tomar la lección.

Orden, juicio. Á ver: decidme algo de Temístocles.

DOLLY

Si: el que le cortó la cabeza á una mala mujer, que llamaban la Medusa.

D. PÍO, llevándose las manos al cráneo.

¡Por Dios, por todos los santos de la corte celestial, no me confundáis la Historia con la Mitología!

NELL

Tan mentira es una como otra.

DOLLY

Y nos importan lo mismo.

D. PÍO

¡Ay, ay cómo estáis hoy!... ¡Silencio, formalidad! Pronto, referidme los principales hechos de la vida de Temístocles.

DOLLY

No nos gusta meternos en vidas ajenas.

D. PÍO

Temístocles, grande hombre de la Grecia, natural de Tebas, vencedor de los lacedemonios.

(Corrigiéndose,) ¡Ah! no... le confundo con Epaminondas... ¡Cómo tengo la cabeza!...

NELL

¡Ay, que no lo sabe, que no lo sabe!...

DOLLY

¡Vaya con el preceptor de pega!

D. PÍO, afligido.

Es que me volvéis loco con vuestros juegos, con vuestras tonterías. (Con gravedad.) Así no podemos seguir.

NELL

Digo lo mismo.

DOLLY

Queremos ser burras, y salir á los prados á comer yerba.

D. PÍO

Pero mi conciencia no me permite engañar á la Condesa, que sin duda cree que os enseño algo, y que vosotras lo aprendéis...

DOLLY, poniéndose las antiparras de Coronado, que están sobre la mesa.

Piíto, estamos aburridísimas.

D. PÍO, queriendo recobrar sus anteojos.

¡Que me los rompes, hija!

NELL

Piíto salado, ¿no sería mejor que nos fuéramos los tres á dar un paseo por la playa?

D. PÍO

Está bien, muy bien. ¡Magnífico! ¡De pingo todo el santo día, aun las horas dedicadas á la educación! Muy bonito; sí, señoras, muy bonito... Y héme aquí de figurón, de monigote irrisorio; yo, que soy la ciencia; yo, yo, que estoy aquí para inculcaros...

DOLLY

Piíto, no nos inculques nada, y vámonos.

NELL

En la playa seguiremos dando lección. Frente al mar, la del viaje de Colón á América.

DOLLY

Y el paso del Mar Rojo.

D. PÍO, suspirando, desalentado.

¡Ay, qué niñas! ¡No hay quien pueda con ellas! Bueno, pues transijo... Pero antes pasemos un poco de Gramática.

NELL, tocando las castañuelas.

¡Viva Coronado!

DOLLY, de carretilla.

La Gramática es el arte de hablar correctamente el castellano...

D. PÍO

Vamos más adelante. Dolly, dígame usted qué es participio.

DOLLY, flemática.

No me da la gana.

NELL

Participio... Una cosa que se parte por el principio.

D. PÍO, poniendo el paño al púlpito.

¡Tontas, casquivanas, que no tenéis aquel punto de amor propio que veo yo en otras niñas, ¡Señor!, en otras niñas aplicaditas y formales, que aprenden para lucirse en los exámenes, y para que á sus padres se les caiga la baba oyéndolas!

DOLLY

No queremos lucirnos, ni á mamá se le cae ninguna baba... ¡Vaya con el maestrillo éste!

NELL

Coronadito, si no tienes juicio te pondremos de rodillas.

D. PÍO

¡Anda, salero!... ¿Pero qué trabajo os cuesta retener en la memoria cosas tan fáciles? Luego seréis mujercitas aristocráticas, y cuando vuestra ilustre mamá os lleve á los salones, os vais á lucir, como hay Dios... Figuraos que en los saraos se habla del participio, y vosotras no sabéis lo que es. ¡Bonito papel harán mis niñas! Dirá la gente: «¿pero de qué monte ha traído la Condesa este par de mulas?» Eso dirán, y se reirán de vosotras, y no os querrán vuestros novios.

DOLLY

Los novios nos querrán aunque no sepamos el participio, ni la conjunción, ni nada.

NELL

Que seamos bonitas, que seamos elegantes, y verás tú si nos quieren.

D. PÍO

Sí, sí: lindas borriquetas seréis. Pues yo me planto, señoras mías; ya sabéis que soy atroz cuando me planto; tengo mal genio.

NELL

¡Terrible!

DOLLY

¡Ay, qué miedo!

NELL, que apoyada en la mesa con indolencia, le mira burlona.

¿Sabes, Piillo, que estoy observando una cosa? Tienes los ojos muy bonitos.

DOLLY

Parecen dos soles... pillines.

D. PÍO, cruzándose de brazos.

Ea, burlaos de mí todo lo que queráis.

NELL

No es burla, es confianza.

DOLLY

Es que te queremos, maestrillo, porque eres muy bueno y no tienes malicia.

NELL, acariciándole la barba.

¡Es un buenazo este D. Pío! Por eso te hacen rabiar las niñas de Albrit, que son y serán siempre tus amiguitas...

D. PÍO, embobado.

¡Zalameras, melosas, carantoñeras!

DOLLY

Di una cosa: ¿es verdad que tienes muchas hijas?

D. PÍO, lanzando un suspiro muy hondo y fuerte. (Diríase que lo saca de los talones.)

Muchas, sí...

NELL

¿Son guapas?

D. PÍO

No tanto como lo presente.

DOLLY

¿Te quieren?

D. PÍO, intentando sacar otro suspiro hondo, que se le queda atravesado en el pecho, cortándole la respiración.

¡Quererme... ellas!

NELL

Me han dicho que no. Si es así no te importe, que bien te queremos nosotras.

DOLLY

¿Y tú nos quieres? (D. Pío hace signos afirmativos.)

NELL

Nos idolatra... Estudiamos cuando se nos antoja, y cuando no, jugamos.

DOLLY

Y eso haremos hoy: jugar, irnos á la playa.

D. PÍO, vencido.

¡Á la playa!

NELL

Está un día espléndido. (Mira por la ventana.)

DOLLY, tocando las castañuelas.

Y el cielo y la mar nos dicen: venid, volad, y traed á vuestro adorado preceptor.

D. PÍO, deseando ir, pero no queriendo manifestarlo.

¿Yo... también yo?... ¡Viva la indisciplina!

NELL

Vendrás con nosotras, porque si no, Venancio no nos dejará salir ahora. Tú tienes que decirle: «hoy han estudiado tanto, que en premio de su aplicación las saco á dar una vuelta».

D. PÍO

¡Anda, morena! ¡Vaya, que si la señora Condesa se enterara de cómo cumplo mis deberes profesionales!...

DOLLY

Lo que quiere mamá es que estemos siempre á la intemperie, y nos hagamos robustas como unas aldeanotas.

D. PÍO

¡Y qué diría vuestro abuelo!

NELL

El abuelito nos quiere lo mismo en bruto que pulimentadas.

D. PÍO

Os adora, sí. Como que sois sus nietas. Acompañadle, dadle palique, hacedle mimos: también él es niño. Y cuando le oigáis un disparate muy gordo, se lo contáis al señor Cura y al Médico.

DOLLY, enojada.

No dice disparates el abuelo.

D. PÍO

Ayer me decía que vosotras dos no sois más que una para él...

NELL

Y eso, ¿por qué ha de ser disparate, maestrillo?

DOLLY

Quiere decir...

NELL

Que el grande amor que nos tiene nos iguala, y hace de las dos una sola.

D. PÍO

Esta chica es un portento.

DOLLY

Hola, hola; ¿y para mí no hay piropo?

D. PÍO

¿Te enfadas, ángel?

DOLLY, riendo.

Está eso bueno. Mi hermana es un portento... y yo nada.

D. PÍO

Tú otro portento... ¡Vivan las nenas de Albrit!

NELL, alborotando.

¡Viva el más sabio profesor y catedrático de la antigüedad pagana, mitológica... y cosmopolita! En fin, ¿nos vamos ó qué?

D. PÍO, deteniéndolas.

Esperad. Parece que viene alguien.

DOLLY

Siento el vocerrón de D. Carmelo.

D. PÍO, tomando el tonillo profesional.

¡Orden, formalidad! Pues hemos dado un repasito á la Gramática, venga ahora un buen jabón á la Historia. Niñas, el Papado y el Imperio... A ver...

## ESCENA II

NELL y DOLLY, D. PÍO, EL SEÑOR CURA,  
VENANCIO

EL CURA, riendo, en la puerta.

Presentes, mi general. Yo soy el Papado, y el Imperio es éste. (Entran.)

VENANCIO

¿Cómo vamos de lección?

EL CURA

¿Saben, saben mucho estas picaruelas?

D. PÍO

Regular... Hoy, vamos, hoy, no lo han hecho del todo mal.

EL CURA

No me fio. Este Coronado es la pura manteca. (Saludando á las niñas y acariciando sus manos.) ¡Qué monada de criaturas!

VENANCIO

Muy monas, pero desaplicaditas... No quieren más que corretear por el campo.

EL CURA

Mejor... ¡Aire, aire!

VENANCIO

Y su abuelito, en vez de reprenderlas para que se apliquen, les dice que la señora Gramática y la señora Aritmética son unas viejas charlatanas, histéricas y mocosas, con las cuales no se debe tener ningún trato.

EL CURA

¡Qué bueno!... Si digo que el Conde...

VENANCIO, á D. Pío.

¿Y anoche cuál fué la tecla que nos tocó?

D. PÍO

Que no debo introducir más paja en la cabeza de las señoritas, pues lo que les conviene es educar la voluntad.

EL CURA

No está mal...

DOLLY

Por eso á mí no me gusta saber nada de libros, sino de cosas.

EL CURA

¡Brava!

VENANCIO

¿Y qué son cosas, señorita?



NELL

Pues cosas.

DOLLY

Cosas.

EL CURA, comprendiendo.

Ya... Pero el arte de la vida ya lo iréis aprendiendo en la vida misma.

VENANCIO

Y eso no quita que estudien lo de los libros, ¿verdad, D. Pío? (El maestro hace signos afirmativos.) Tan distraídas están con el corretear continuo, que ya Dolly ni siquiera dibuja.

EL CURA

¡Qué lástima!... (A Dolly.) Y aquellos monigotos, y aquellas vaquitas y aquellos... (Dolly se encoge de hombros.)

NELL

Ya no dibuja. Le gusta más cocinar.

EL CURA

¿De veras?... ¡Oh, serafín de los cielos!

VENANCIO

Á lo mejor se nos mete en la cocina, se pone su delantal de arpillera, y allí la tiene usted entre cacerolas, tiznada, hecha una visión...

EL CURA

¡Divino!

VENANCIO

¡Miren que una señorita de la aristocracia, con las manos ásperas y llenas de pringue!

EL CURA

Eso es juego... Pero no está de más saber de todo... por lo que pueda tronar. ¿Y Nell, no cocina?

DOLLY

Á mi hermana le gusta más lavar cristales... mojarse, fregotear, pegar cosas rotas, limpiar las jaulas de los pájaros, y echarles la comida.

EL CURA

También es útil. Bien, bien, niñas saladísimas; seguid estudiando...

NELL

Es que...

DOLLY

D. Pío había dicho que... pues hoy hemos trabajado bárbaramente... podíamos pasear.

D. PÍO

¡Ah!... permítanme... dije que si acabábamos la Aritmética, saldríamos, y en el bosque les explicaría algo de Geografía.

EL CURA

Paseen, sí.

VENANCIO

Pero por el bosque no.

DOLLY

Á la playa. (Las dos se quitan los delantales.)

VENANCIO, aparte á D. Pío.

El Conde suele pasear por el bosque. Llévelas usted á la playa... No se separe de ellas... ¿Se entera de lo que le digo?...

D. PÍO

Sí, hombre. Á la playa...

NELL, á Venancio.

¿Ha salido ya el abuelito?

VENANCIO

No; ni creo que salga. Vayan las señoritas con el maestro.

NELL

¿Y usted se queda, D. Carmelo?

EL CURA

Sí, hija mía: espero al amigo Angulo, con quien tengo que hablar.

VENANCIO, mirando por la ventana.

Ya está aquí.

EL CURA

Pues bajemos todos. Las niñas por delante.

DOLLY, que sale la primera, gozosa.

En marcha. (Llamando al perrito.) ¡Capitán!

NELL, detrás de su hermana.

¡Capitán! (Salen los demás.)

## ESCENA III

Sala baja en la Pardina.

GREGORIA, EL MÉDICO; después VENANCIO,  
EL CURA

EL MÉDICO

¿Cómo es que no ha salido aún á dar su paseo de la mañana?

GREGORIA

¿Yo qué sé?... Todavía le tiene usted en su cuarto. He mirado por el agujero de la llave, y está dando paseos arriba y abajo, con las manos en los bolsillos.

EL MÉDICO

¿Come bien?

GREGORIA

Regular.

EL MÉDICO

¿Sabe usted si duerme?

GREGORIA

Esta mañana, cuando le entré el desayuno, le dije... con todo el respeto del mundo, claro: «¿Qué tal ha pasado la noche el señor Conde?», y me contestó: «Bien»; pero en seco, y con un tonillo que, á mi parecer, era lo mismo que decir: «Mal».

EL CURA

¿Qué? ¿Hay algo de nuevo?

EL MÉDICO

Nada... Hoy no le he visto aún. En la conversación que anoche tuvimos, pude observar que á la exaltación del orgullo aristocrático, añade nuestro D. Rodrigo otra monomanía: la sutilidad del honor y de la moral rígida, en un grado de rigidez casi imposible, y sin casi, en las sociedades modernas.

EL CURA

Lo mismo observé yo en nuestro paseo de ayer tarde. Por cierto que... me hizo pasar un mal rato.

EL MÉDICO

¿Qué ocurrió?

EL CURA

Nada... Es que por lo visto gusta de pasear solo... Desde que salimos, hube de comprender que le desagradaba mi compañía. Claro que no me despidió de mala manera: su buena educación no se desmiente nunca. Pero con perifrasi-

sis ingeniosas me decía: «Mejor voy solo que mal acompañado.» Francamente, creía yo hacerle un favor dándole el brazo, entreteniéndole con una conversación grata...

EL MÉDICO

Pues mire usted, D. Carmelo: en esto no conviene contrariarle. ¿Quiere andar solo? Pues solo. No, no se cae. En mi opinión, ve bastante más de lo que dice. (Á Venancio.) Lo que puede usted hacer es mandar un criado que le vigile á distancia...

GREGORIA, de mal temple.

En esta época, Sr. de Angulo, no tenemos á nuestra gente tan desocupada...

VENANCIO, arrancándose.

D. Carmelo, D. Salvador, yo que ustedes, diría á la Condesa que su señor suegro estará mejor en otra parte. Y esto no significa que queramos echarle. Es nuestro deber tenerle aquí; hemos sido... fuimos, como quien dice, sus criados...

GREGORIA

El cuento es que el Sr. D. Rodrigo, por haber venido tan á menos, no encaja en nuestras costumbres de gente pobre, ni se acomoda al trato modestito que le damos. Y es natural: yo me pongo en su caso.

VENANCIO, rascándose la cabeza.

Hay que mirarlo todo, señores. Con la consignación que nos ha señalado la señora no

podemos hacer milagros. Á un grande de España, por más que ahora sea *chico*, no hemos de tenerle aquí como un estudiantón, hartándole de puchero, y... vamos, que con tanto extraordinario y tanta finura de cocina, se nos van nuestros ahorros que es un gusto.

EL CURA

En efecto...

GREGORIA

Y, por añadidura, vivimos siempre sobresaltados... Que si sale, que si tarda, que si le habrá pasado algo... Se necesita un regimiento de criados para servirle y atenderle.

VENANCIO

Tenemos aquí muchos trajines. Vivimos de nuestro trabajo.

GREGORIA

Atendemos á la tierra, á las plantas, al fruto. Hay que mirar á todo.

VENANCIO

Al ganado de pelo y de pluma.

GREGORIA

Ahora me tienen ustedes todo el santo día en la cocina; y que no trabajo menos con la cabeza que con las manos: ¡Señor, qué pondré hoy!... ¡Si le gustarán las manos de ternera!... ¡Si acertaré á freir el filete!... ¡Ay, Jesús!... Y á todas éstas, mis judías sin coger, mis to-

mates pudriéndose en las ramas... y mis gallinitas olvidadas...

VENANCIO

Olvidadas, no, que aquí estoy yo para retorcerles el pescuezo... Á este paso, señores míos, pronto liquidará la Pardina.

EL CURA

Vamos... siempre habéis de ser lo mismo... aldeanos que se ahogan, aunque naden en la abundancia.

EL MÉDICO

Siempre llorando... y escondiendo á la espalda las llaves del granero.

EL CURA

¡Avarientos, mezquinos!

VENANCIO, achicándose.

Sr. D. Carmelo, no hemos dicho nada.

GREGORIA, suspirando.

Sr. D. Salvador... ustedes mandan.

EL CURA

Por lo demás, yo creo también que el pobre Icón de Albrit estará mejor en otra leonera.

EL MÉDICO

Á ver si ha pensado usted lo mismo que yo.